

muestre tendencias de querer lanzarse por rumbo diverso, sí, del que siguen los enemigos de Cristo, pero que no es el que señala la brújula segura de la Iglesia. Hé aquí por qué insisto tanto en que os fijéis, vosotros especialmente que formáis la nueva Compañía del Corazón de Jesús, en el objeto de vuestro culto.

¿Qué cristiano ignora que á Jesucristo, en cuanto Dios, se le debe el culto supremo llamado de *latría*, que sólo á la Divinidad nos es lícito tributar? Pero, ¿se le debe el mismo culto en cuanto hombre? ¿Podemos rendirlo á su santísima Humanidad? Oíd, oíd al Espíritu Santo hablando por los labios del Apóstol San Pablo:

“Teniendo (Jesucristo) la naturaleza de Dios, no fué por usurpación, sino por esencia el ser igual á Dios: y no obstante se anonadó á sí mismo tomando la forma ó naturaleza de siervo, hecho semejante á los demás hombres, y reducido á la condición de hombre. Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó sobre todas las cosas, y le dió nombre superior á todo nombre, á fin que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.”¹

¿Y qué nos dice á este propósito la Iglesia por sus Concilios y sus Padres? La Basílica de Alejandría, en cuyo recinto se hallaba congregado el Concilio contra Nestorio, resonó con los famosos anatematismos del Santo Patriarca Cirilo, en uno de los cuales se manda tributar al Verbo Encarnado y á su carne un solo honor y una sola glorificación;² á quien tal negare, condena el Concilio de

¹ Philip. II, 6 seqq.

² Anathem. 8.

Letrán, bajo Martín I;¹ y el gran San Atanasio,² con su lucidez acostumbrada, nos lo explica diciendo: “No adoramos una cosa creada. Lejos de nosotros semejante aberración; dejemos tal absurdo á los gentiles y á los herejes arrianos. A quien adoramos es al Verbo Divino, Señor de las cosas creadas, hecho carne en el seno de Virgen Purísima.” ¿Qué mayor claridad, que la que hallamos en las breves palabras del insigne Padre? En efecto, la humanidad queda unida al Verbo eterno tan íntimamente, que no forma sino una persona. ¿Y cómo negaremos el culto supremo á esa naturaleza, humana sí, pero que subsiste en el Verbo, y pertenece al Verbo? La adoramos, empero, no en sí propia, no por sí misma, sino “como unida á la Divinidad, y porque las dos naturalezas de Cristo se reducen á la única persona del Verbo de Dios y á una sola subsistencia. ¿Acaso teméis introducir la mano entre las brasas, por causa del carbón que da pábulo á la lumbre? Lo que receláis es el fuego; y por él no os atrevéis á tomar la leña seca que lo nutre. Así nosotros adoramos las dos naturalezas de Cristo, por causa de la Divinidad unida á la carne.” Estas palabras y la enérgica y bella comparación que acabo de citaros, son del insigne San Juan Damasceno,³ y veis por ellas que la unión llamada hipostática, es la causa de que adoremos á Dios en cuanto hombre, de que rindamos culto á su santísima Humanidad. ¿En qué consiste esta unión del Verbo con la humana naturaleza? ¿Se verificó tan sólo de un modo genérico, ó con todo el

¹ Ses. 4, can. 9.

² Epist. ad. Adolph.

³ De Fide Orthod, lib. 3, cap. VIII.

Cuerpo sagrado y á la par con cada uno de los miembros y entrañas que lo componen? Fijaos en ello, que es de suma importancia para el asunto que nos ocupa.

El Verbo Divino, para redimirnos y padecer por nosotros, asumió la humana naturaleza, íntegra y perfecta.¹ Tomó en las entrañas de María un cuerpo como el nuestro compuesto, cual el de todos los hijos de Adán, de carne y de huesos, de sangre y humores, y con una alma ni más ni menos que la del resto de los mortales. Pero esta humanidad, que habría podido subsistir por sí sola, si no hubiera sido destinada á fines tan altos, fué unida al Verbo desde el primer instante de su existencia, tan íntimamente y de tal suerte, que sólo por Él subsiste, que forma con Él una sola persona, ó *hipóstasis*. Por esto fueron de infinito valor y de infinito mérito todas las acciones de Cristo; por esto la efusión de su preciosa sangre pudo rescatarnos del Demonio.

¿Y cómo no creer que esta divina sangre estaba próxima é hipostáticamente unida al Verbo, cuando lo oímos exclamar en la Última Cena: "Esta es mi sangre que será derramada por vosotros." *Hic est sanguis meus qui pro vobis effundetur?* cuando el apóstol Pedro² nos dice: "El precio de vuestro rescate, no ha sido el oro perecedero, ni la plata corruptible; la preciosa sangre de Cristo os ha redimido. *Non corruptibilis auro et argento redempti estis, sed pretioso sanguine quasi agni Inmaculati Christi?*"

Unido del mismo modo estaba el Verbo á aquel pecho³

¹ Véanse Santo Tomás y todos los Teólogos, tract. de Incarnatione.

² 1^a Petri I, 18.

³ Véanse los Teólogos, *ubi supra*.

en que se reclinó San Juan, y á las plantas que besó Magdalena; á aquellos ojos cuya mirada hizo caer de espaldas á los sayones y llorar sus culpas á Pedro; á aquellas manos atravesadas por los clavos y á aquellos huesos, que como había anunciado el Profeta, á nadie fué dado quebrantar.

Próxima é hipostáticamente, como ya vuestra piedad os lo sugiere y enseña, aun antes de escuchar mis palabras, próxima é hipostáticamente se unió la Divinidad á aquella entraña, noble entre todas las entrañas, sin la cual es imposible al hombre la existencia, sede principal de los afectos, centro de ese admirable sistema sanguíneo, ó como hoy le llaman *irrigatorio*, que preside á la vida del cuerpo. Con razón, pues, lo adoramos; con razón adoramos la persona del Verbo Divino encarnado en su Corazón.

Ya comprendéis cuán diferente es nuestro culto de esos honores que tributamos al corazón muerto y separado de un héroe, que lo lega como memoria á alguna ciudad ó á algún templo de su predilección. No es ni siquiera comparable á la reverencia con que miramos las reliquias del corazón de Felipe Neri, por ejemplo, tan inflamado de amor divino que no le cabía dentro del pecho; ó del de Wenceslao de Bohemia, tan encendido de amor celeste que calentaba hasta la nieve donde estampaba el santo sus huellas. No, Hijos míos, adoramos al Corazón de Jesús, vivo, palpitante, inflamado de amor por nosotros, dentro de aquel cuerpo formado en el seno de María, resucitado de entre los muertos, y colocado ahora á la diestra del Eterno Padre. ¡Ah! Si los ángeles mismos, como hallamos en piadosas re-

velaciones,¹ recorrieron el Huerto y el Calvario, la calle de la Amargura y el Pretorio, cogiendo reverentes las gotas de sangre que había vertido el Redentor para unir las al Cuerpo, próximo á salir de la tumba; ¿no nos postraremos nosotros llenos de amor y reverencia ante aquel Corazón de que emanó esa Sangre preciosa que nos redimió y que circulaba por las venas del Dios humanado?

¡Cuántas veces habréis oído hablar en la Escritura de la Mano poderosa de Dios, de la Diestra divina que domó el poder de sus enemigos, que hizo pedazos los broqueles y redujo á cenizas los dardos del Filisteo! Recordaréis que en el libro del Génesis, poco antes de la narración del Diluvio, nos dice Moisés: que “viendo Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal, pesóle de haber creado al hombre, y *penetrado su corazón de un íntimo dolor*: lo raeré, dijo, de la faz de la tierra, *et tactus dolore cordis intrinseco*.”—No ignoráis de qué corazón y de qué diestra se habla en estos y otros pasajes semejantes del Antiguo Testamento. Es todo figurado, para mejor impresionarnos, y hacer comprender á nuestro limitado entendimiento, los elevados conceptos que de otra manera no penetrarían en nuestra mente; pero Dios, Espíritu puro, no tiene ni miembros ni entrañas.

Guardaos bien, sin embargo, de creer que al proponernos por objeto de nuestro culto al Corazón de Jesucristo, quiera la Iglesia que lo adoremos tan sólo como un vano emblema, como un mero símbolo, fantástico y

¹ Véase La Puente entre otros.

sin realidad, de las virtudes y afectos que en el Verbo Encarnado resplandecieron; no, Hijos míos, adoramos al Corazón material, verdadero y real de nuestro Redentor; adoramos, os lo diré otra vez, al Verbo Divino encarnado en su Corazón. Pero no lo veneramos separado del resto del Cuerpo, ni lo consideramos aislado, y en cierto modo como muerto. Lejos de eso, lo adoramos como símbolo de su ardentísima caridad, y de su inmenso amor hacia los hombres; como foco de vivísima lumbre que lo inflama y consume; como centro de mansedumbre y de infinitas virtudes; como asiento de sus divinos afectos.

No es de nuestra incumbencia el tratar asuntos fisiológicos, ni demostraros lo absurdo de los argumentos que cierto impío¹ aducía á fines del siglo pasado contra la devoción que hoy nos ocupa. “Estableced mejor, decía con sarcasmo, estableced una festividad en honor del cerebro ó del sistema nervioso de Jesús: á estos órganos más bien que al corazón, pertenecen los afectos y las pasiones.”

Pero notad bien, Hijos míos, que todos los pueblos y en todos tiempos han considerado al corazón como un órgano que posee una influencia inmensa en los fenómenos de la vida. No sólo preside á las funciones meramente animales y nutritivas, sino que está íntimamente ligado á las funciones morales é intelectuales. Bajo la influencia de éstas, sus palpitations se aceleran, adquieren intensidad, y la circulación se vuelve más activa. Sobre todo, es absolutamente incontestable la sensibilidad de este órgano á los afectos amorosos. El amor

¹ Grègoire.

lo caliente, lo inflama, lo saca, si así puedo expresarme, de quicio.

Mas no son estas razones, meramente naturales, las que han inducido á la Iglesia á hacernos venerar el Corazón de Jesús, como centro y foco de su amor hacia nosotros. Abrid los Evangelios, y hallaréis que el mismo Salvador Nuestro propuso su propio Corazón como sede de sus piadosos afectos. "Aprended de mí, dijo, que soy manso y humilde de corazón: *discite a me quia mitis sum et humilis corde.*" En el Cantar de los Cantares dice el Esposo, figura y tipo de Cristo: "has herido de amor, oh Esposa, oh hermana, mi tierno corazón: *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa;*" y en el libro de los Proverbios, nos dice: "hijo, dame tu corazón, dame tu amor; *probe fili cor tuum.*"

Hé aquí por qué nosotros, conformándonos al lenguaje de los Libros Santos y á las palabras amorosas de Jesús, colocamos en su divino Corazón el centro de su inmenso amor hacia los hombres, y lo veneramos de un modo especial para encender en su fuego el nuestro propio, y poder decir con el Salmista: "Mi corazón se inflamó dentro de mí. *Concaluit cor meum intra me.*"

Veis, pues, Hijos míos, cómo el objeto *material* de nuestro culto, es el Corazón real y verdadero de Jesús; y el objeto *formal* como llaman los Teólogos, es el mismo Corazón, considerado como símbolo de su amor hacia nosotros.

Réstanos investigar por qué la Iglesia tardó tantos siglos en prescribirnos una devoción tan grata, y tan á propósito para encender nuestros afectos, y cuál ha de ser el lema, por decirlo así, de nuestro estandarte.

II

La historia del género humano, sobre todo desde la venida de Jesucristo, se puede compendiar en una sola palabra: *ingratitude*. Los mismos ejemplos de los Apóstoles y Mártires que dieron su vida por el Salvador; de los Monjes que se retiraron al desierto; de las Vírgenes que se conservaron inmaculadas para el Cordero; de los Confesores que resplandecieron por su santidad y milagros, no son sino excepciones que conforme al axioma admitido, sirven únicamente para confirmar la tristísima regla.

Y si ingratos y fríos se han mostrado los hombres desde el principio; si la apostasía no ha sido rara, si las herejías han pululado, y el cisma ha existido desde la fundación de la Iglesia, ¿por qué tardó tanto el Señor en mostrar su Corazón inflamado de amor é invitarnos á calentar los nuestros en esa hoguera divina? ¿Por qué no se mostró mejor cuando en el seno de los siete primeros diáconos surgió la herejía, ó cuando el Arrianismo infestó el universo? Parece que cuando el torrente mahometano se desbordó furioso invadiéndolo todo, convenía que el Co-